

JULIO PÉREZ SILVA

Catedrático Emérito

EVOLUCIÓN CULTURAL Y AGRESIVIDAD HUMANA

LECCIÓN INAUGURAL DEL AULA DE LA EXPERIENCIA
EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Editorial Universidad de Sevilla



REFERENCIAS

EPÍLOGO

ÍNDICE

JULIO PÉREZ SILVA

Catedrático Emérito

EVOLUCIÓN CULTURAL Y AGRESIVIDAD HUMANA

LECCIÓN INAUGURAL DEL AULA DE LA EXPERIENCIA
EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA



SEVILLA 2015

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino
(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)
Eduardo Ferrer Albelda
(Subdirector)

Manuel Espejo y Lerdo de Tejada
Juan José Iglesias Rodríguez
Juan Jiménez-Castellanos Ballesteros
Isabel López Calderón
Juan Montero Delgado
Lourdes Munduate Jaca
Jaime Navarro Casas
M^a del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Adoración Rueda Rueda
Rosario Villegas Sánchez

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Edición digital de la primera edición impresa de 1997

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2015
C/. Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: eus4@us.es
Web: <<http://www.editorial.us.es>>

© JULIO PÉREZ SILVA 2015

ISBNe: 978-84-472-1697-0

Digitalización y realización interactiva:
Fernando Fernández. ed-Libros

ÍNDICE

PREÁMBULO	9
1. INTRODUCCIÓN	13
1.1. ¿Qué somos?	13
1.2. ¿Cómo somos?	14
2. ORIGEN DE LA AGRESIVIDAD HUMANA	17
2.1. EVOLUCIÓN ORGÁNICA	17
2.2. EVOLUCIÓN CULTURAL	23
2.2.1. Enfrentamiento a los depredadores	23
2.2.2. Cazadores-recolectores nómadas.	25
2.2.3. La vida sedentaria	28
2.2.4. Hacia la revolución agrícola	28
2.2.4.1. Consecuencias culturales de la revolución agrícola	30
2.2.4.1.1. Las desigualdades entre las personas y entre los países	31
2.2.4.1.2. La agresividad intraespecífica cruenta	33
3. ORIGEN DE LA CRUELDAD HUMANA	35
EPÍLOGO	43
REFERENCIAS	49



*Excmo. Sr. Rector Magnífico,
Excmas. e Ilmas. Autoridades,
Compañeros docentes y no docentes,
Alumnos, Sras. y Sres.:*

PREÁMBULO

CUANDO, hace un mes, el Profesor Coordinador del Aula de la Experiencia me pidió que participase activamente en este acto encargándome de pronunciar la Lección Inaugural, acepté sin vacilar porque, en primer lugar, me da oportunidad de dirigirme a un colectivo de alumnos que comparte muchas buenas cualidades, entre las que cabe destacar su sed de conocimientos y, por ende, su elevada motivación; son, pues, unos alumnos con los que todo profesor desea trabajar, no sólo por su afán de aprender, sino también por su madurez y disciplina. Y en segundo lugar, por-

que (debo confesarlo) hace ya tiempo que tenía una secreta ilusión: pronunciar alguna vez una Lección Inaugural, sobre todo en estos últimos años en que se viene haciendo en este maravilloso marco y en lo alto de este artístico púlpito; pero, desde que llegué a la edad de mi jubilación, fui perdiendo progresivamente las esperanzas de ver cumplido este deseo, y al mismo tiempo ha ido anidando en mi ánimo una mezcla de admiración y de sana envidia hacia los afortunados compañeros a quienes, año tras año y por riguroso turno, les ha ido correspondiendo tal alto honor. Pero hoy, que tengo la gran satisfacción de ver realizadas mis ilusiones, proclamo desde aquí mi profunda gratitud hacia los organizadores de este solemne acto, pues a partir de ahora ya no envidiaré a mis compañeros, aunque continuaré admirándolos.

El único escollo que he tenido que salvar ha sido la elección del tema. En efecto, partiendo de la base de que estos alumnos han ido enriqueciendo sus conocimientos en campos muy diversos, siguiendo los dictados de sus propias aficiones, es lógico esperar una considerable heterogeneidad en cuanto al nivel y al área de sus conocimientos. Esta circunstancia aconseja elegir un tema que sea a la vez actual y universal, y por ello, teniendo en cuenta que la Humanidad está atravesando actualmente por una época de exacerbación de la violencia y la crueldad y, dado que una de las principales características de los seres humanos es nuestro afán por conocernos a nosotros mismos, esto es, por averiguar las causas de que seamos como somos, he optado por exponer aquí algunas reflexiones en torno al origen de la agresividad humana, centrando la atención en la agresión intraespecífica (es decir, dirigida contra nuestra propia especie), aunque también trataremos breve-

mente la agresión interespecífica (la dirigida contra otras especies). Veremos que ambas formas de nuestra agresividad se han originado en relación con la evolución cultural: la interespecífica se inició hace unos dos millones de años (cuando el hombre se hizo cazador) y se ha acentuado hasta el punto de que nos hemos convertido en los *mayores* depredadores de la biosfera. En cambio, la agresividad *intraespecífica* surgió en tiempos relativamente recientes (cuando el hombre se hizo agricultor), pues el primer homicidio alevoso de que se tiene noticia ocurrió no hace más de 10.000 años; nos referimos al *asesinato de Abel*, que se relata en el capítulo 4 del Génesis. Luego se ha ido intensificando hasta el punto de que actualmente nuestra especie sobrepasa en violencia y crueldad a todas las demás.

La lección está dividida en tres partes: en la primera y a modo de introducción se habla de qué somos y de cómo somos, en la segunda se intenta trazar el origen evolutivo de la agresividad humana y en la tercera se centra la atención en el origen de la crueldad humana.

1. INTRODUCCIÓN

1.1. ¿QUÉ SOMOS?

HASTA LOS COMIENZOS DEL SIGLO XVIII nadie ponía en duda la creencia general de que el hombre era un ser privilegiado en la Naturaleza, netamente separado de los animales. Fue Carlos Linneo quien, en su afán ingenuo de hacer una clasificación natural de los seres vivos, reconoció en 1735 que, desde el punto de vista anatómico, el hombre es un miembro más de un grupo de mamíferos al que dio el nombre de Primates en reconocimiento de que ocupan el puesto primero o más elevado en su sistema de clasificación. En su nomenclatura binomial dio al hombre la denominación *Homo sapiens*, aludiendo a su inteligencia.

Desde entonces la idea de Linneo ha prosperado hasta el punto de que hoy día ningún biólogo duda de

que el hombre es un producto de la evolución biológica, y por tanto, una especie más de la biosfera, que ha surgido a partir de especies no humanas mediante un proceso evolutivo impulsado por las mismas fuerzas (mutación, presión selectiva y aislamiento reproductivo) que han dirigido la evolución de los demás organismos desde que apareció la vida en la Tierra, hace cuatro mil millones de años.

Pero el hombre, a diferencia de los demás seres de la biosfera, ha experimentado, además de la evolución orgánica, una evolución cultural, no impulsada por mecanismos genéticos, sino que entraña un constante reciclaje y potenciación de la experiencia del pasado, lo cual le permite ir superando constantemente su propia ejecutoria mediante la invención de utensilios e ingenios cada vez más específicos y sofisticados, con los que, a su vez, puede influir decisivamente en su propio proceso evolutivo. El hombre es, pues, un producto de las facetas orgánica y cultural de la evolución.

1.2. ¿CÓMO SOMOS?

A través de estas dos facetas de su evolución, la especie humana ha adquirido una serie de peculiaridades anatómicas y culturales que la separan netamente de los demás primates

Las principales singularidades anatómicas son:

a) El *encéfalo es mucho más complejo que el de cualquier otro animal* y, además, esta dotado de una *gran plasticidad*, lo que confiere al hombre una *capacidad de aprendizaje casi ilimitada*.

b) *Bipedismo*: los seres humanos andan y se mantienen en una *posición totalmente erguida*, lo cual lleva consigo las siguientes peculiaridades anatómicas:

Estructura distintiva del *pie*.

- *Pelvis* más ancha y más ligera.
- *piernas muy largas* en proporción con la longitud del cuerpo y de los brazos.
- *Columna vertebral* en forma de S, en lugar de ser recta o arqueada.
- Estructura distintiva de las *manos*, que están dotadas de gran habilidad para la construcción y manejo de utensilios.

c). *Neotenia*. La incompatibilidad entre el aumento de tamaño del cráneo y el angostamiento de la cintura pelviana determinó *una reducción del período de gestación*, dando lugar a la neotenia o *fetalización*, esto es, al nacimiento en estado fetal. Ello tuvo gran importancia para la ulterior evolución cultural; en efecto, los niños recién nacidos, a diferencia de las crías de los monos, se hallan completamente indefensos, y por ello necesitan un cuidado más asiduo y prolongado. Sin embargo, este desvalimiento y prolongada dependencia de los cuidados paternos propicia la socialización y el aprendizaje, procesos que son la base de la evolución cultural.

La evolución cultural ha conferido al hombre otro tipo de características singulares, que establecen una neta separación entre el hombre y el resto del Reino Animal. Diversos autores como, por ejemplo, Beals, Delbrück, Dobzhansky, Koenigswald, Stebbins, Templeado, y Wilson, destacan unas u otras de tales *singularidades culturales*, según la importancia que cada uno de ellos les atribuye como exponentes de la condición humana. Las más citadas son:

- a) Autoconsciencia
- b) Invención y construcción de utensilios y artefactos
- c) Pensamiento conceptual
- d) Comunicación mediante el lenguaje simbólico
- e) Capacidad de intuición y de generalización
- f) Capacidad de abstracción y de apreciación de la belleza
- g) Inquietudes por la magia y la religión
- h) Organización social y política (Autodomesticación)
- i) Agresividad intraespecífica cruenta

Como hemos dicho, en la presente lección centraremos la atención en esta última singularidad cultural.

2. ORIGEN DE LA AGRESIVIDAD HUMANA

Dado que, como queda dicho, las singularidades anatómicas y culturales se han ido adquiriendo a lo largo del proceso evolutivo, si deseamos averiguar cuándo y cómo se originaron, hemos de rastrear en las facetas orgánica y cultural de la evolución humana. Veamos brevemente estas dos facetas:

2.1. EVOLUCIÓN ORGÁNICA

Sin entrar matizaciones ni en la diversidad de opiniones y controversias entre paleoantropólogos, puede decirse que, en general se admite que el hombre actual es la culminación de una de las ramas de la radiación evolutiva de los Primates, que se inició hace casi setenta

millones de años cuando unos pequeños mamíferos insectívoros y nocturnos que vivían en madrigueras abandonaron este modo de vida y se hicieron arborícolas. La presión selectiva de este nuevo modo de vida propició el desarrollo de las características anatómicas y fisiológicas de los primates, a saber: los pies y las manos prensiles (preludio de la gran destreza manual del hombre), comunicación por medio de señales visuales y auditivas, así como visión estereoscópica y en color, lo cual permite apreciar las distancias, reconocer depredadores, localizar el alimento y saltar de rama en rama mediante la braquiación, que requiere una perfecta coordinación de los movimientos y la visión. Todos estos logros implican un desarrollo concomitante del cerebro, que ha de elaborar la información sensorial y coordinarla con la actividad motora. El resultado fue que a partir de aquellos precursores, que eran del tamaño de una musaraña, surgieron los Prosimios, los Simios y los Antropoides (Fig. 1).

Los Prosimios están representados en la actualidad por los lémures, los társeros y los tupayas. Los Simios comprenden los Cercopitécidos o monos del Viejo Mundo (entre los que se incluyen el macaco, el mandril, el babuino, etc.) y los Ceboideos o monos del Nuevo Mundo, representados por el mono araña, el mono aullador, el tití, etc.

Los Antropoides, u Hominoideos, agrupan a los Póngidos (actualmente representados por el chimpancé, el gorila, el gibón y el orangután) y a los Homínidos, cuya única especie viviente es el hombre moderno, *Homo sapiens sapiens*.

La línea evolutiva de los homínidos lleva consigo un progresivo cambio morfológico que consiste en la adquisición del bipedismo y en un considerable aumento

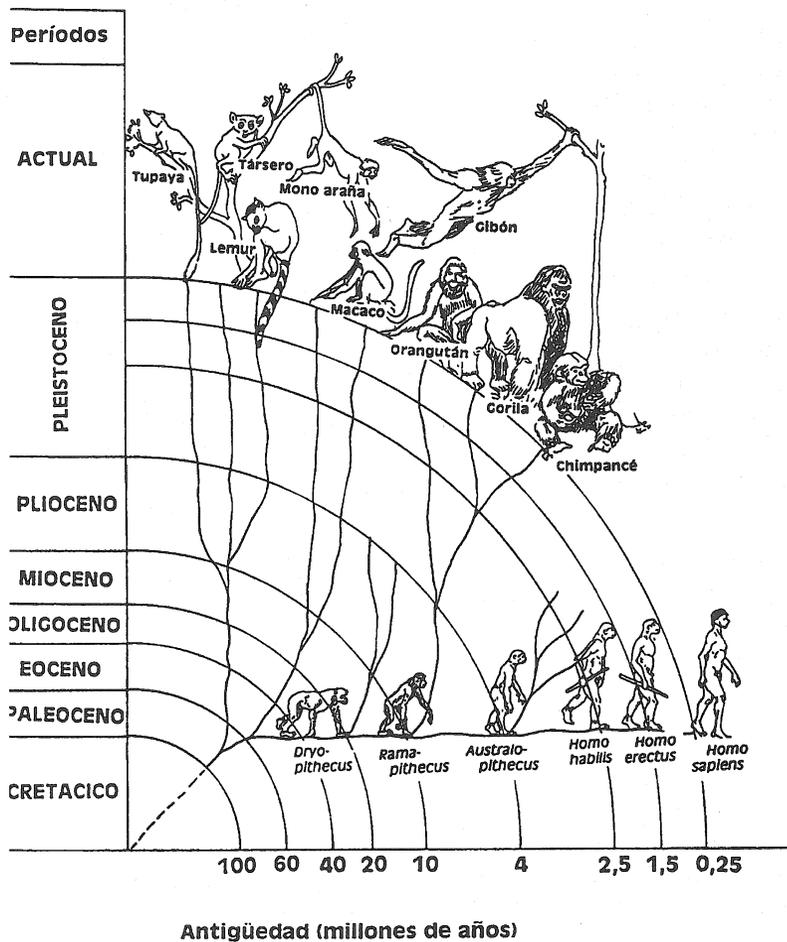


FIGURA 1. Radiación evolutiva de los primates

del volumen y complejidad del encéfalo. Por ello, la mayoría de los paleoantropólogos coinciden en que los primeros seres inconfundiblemente prehumanos son los diversos fósiles adscritos al género *Australopithecus*, que datan de hace unos cuatro millones de años y en los que concurren ambas características: posición totalmente erguida y capacidad craneana de unos 450 c.c. En la ulterior evolución de los australopitecos se produce la transición hasta el hombre moderno a través de *Homo habilis* (el primer ser humano, que surgió hace alrededor de dos millones y medio de años), *Homo erectus* (que apareció hace aproximadamente millón y medio de años), *Homo neanderthalensis* y *Homo sapiens* (Cro-Magnon). Esta transición cursó con inusitada “rapidez”, en comparación con el resto de los Antropoides, que derivan de un precursor común (*Ramapithecus*) que vivió hace unos ocho millones de años y que a través de una larga evolución dio origen a los Póngidos actuales.

No todos los primates continuaron siendo arborícolas. Probablemente una de las especies de *Ramapithecus*, que convivía con otros prehomínidos en el interior de la selva, optó por trasladarse a la periferia, desde donde hacía breves salidas a las praderas circundantes, pero conservando todavía la locomoción cuadrúpeda, aunque con tendencia a erguirse sobre las extremidades posteriores. Según la mayoría de los paleontólogos, *Australopithecus* fue el primero en abandonar definitivamente el bosque para vivir en la pradera donde hubo de cambiar de dieta, sustituyendo los alimentos tiernos del bosque por frutos secos y semillas; también comenzó a incluir en su dieta proteínas animales, como insectos, huevos, pájaros anidados y a veces carne que lograba sustraer a los carroñeros. Parece ser que el abandono del bosque propició la rápida evolución humana, ya que

fue el determinante de dos cambios esenciales para el “despegue” de los homínidos: el bipedismo y el aumento espectacular de la capacidad craneana, que en sólo cuatro millones de años pasó de los 450 c.c. de los australopitecos, a los 1400 c.c. del hombre actual (Fig. 2), lo cual refleja el rápido crecimiento del encéfalo, con el consiguiente desarrollo de la inteligencia de los Homínidos en relación con los Póngidos, que permanecieron en los bosques.

La adopción y perfeccionamiento de la posición bípeda, fue muy ventajosa para la vida en la pradera, porque dejaba las manos libres para recoger y transportar los alimentos y también para lanzar piedras y blandir palos a fin de ahuyentar a los carroñeros o bien batirse en retirada ante los depredadores.

2.2. EVOLUCIÓN CULTURAL

Se admite que fueron precisamente las condiciones de la vida en la pradera las que propiciaron la evolución cultural, que comenzó, hace unos dos millones de años, cuando *Homo habilis*, valiéndose de su inteligencia y de su gran habilidad manual ideó y elaboró utensilios con el fin de facilitar la recolección y preparación de los alimentos. A partir de entonces se van transmitiendo y perfeccionando a través de las generaciones no sólo las técnicas de fabricación de utensilios y artefactos cada vez más sofisticados, sino también todo el acervo de experiencias, conocimientos, ideas y costumbres que han permitido a la especie humana sobrevivir y mejorar continuamente su propia ejecutoria. Y este proceso de evolución cultural no se ha interrumpido hasta la actualidad.

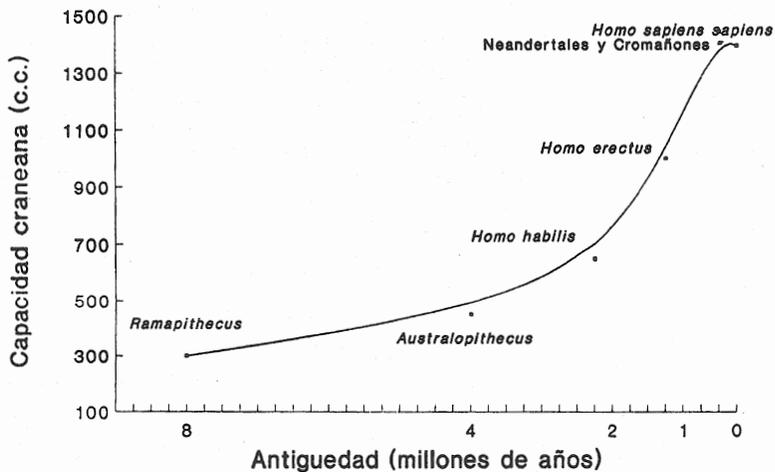


FIGURA 2. Incremento de la capacidad craneana en la evolución de los homínidos

2.2.1. *Enfrentamiento a los depredadores.* Pero la vida en la pradera no estaba libre de peligros para *H. habilis*, pues este primer homínido era una criatura pacífica, fundamentalmente herbívora, de escasa fuerza muscular y desprovista de garras y de colmillos. Era, pues, al igual que los demás herbívoros, una presa fácil para las abundantes fieras que merodeaban por la pradera. Ante estos depredadores, los distintos grupos de animales herbívoros adoptaron diferentes comportamientos que les permitían eludir el peligro; a los que optaron por esconderse la presión selectiva les impulsó a desarrollar el aparato digestivo y los hábitos alimentarios propios de los rumiantes; a los que, como los precursores del caballo, optaron por huir, un largo proceso de cincuenta millones de años de evolución biológica les ha llevado a seleccionar los mutantes mejor adaptados para la carrera, y por ello, los équidos actuales se apoyan en la uña de un solo dedo de cada extremidad. Pero, *Homo habilis*, que era capaz de correr erguido y que había heredado de *Australopithecus* una gran destreza en el lanzamiento de piedras y en el manejo de palos, optó por abandonar su actitud defensiva y hacer frente a las fieras con intención de ahuyentarlas o de abatirlas. Esta opción marca el momento crucial de la evolución humana, no sólo por ser la primera manifestación de acometividad, sino también porque dio comienzo a una espiral de impulsos mutuos entre la invención de nuevos utensilios y armas, y el desarrollo del encéfalo, que a su vez propiciaba el perfeccionamiento técnico, y así sucesivamente; lo cierto es que en el transcurso de sólo dos millones de años el hombre se ha convertido en la especie más inteligente y agresiva de la biosfera. En efecto, el enfrentarse a los depredadores condicionó la subsiguiente evolución en el sentido de que la presión

selectiva impulsaba el continuo perfeccionamiento de las armas con las que no sólo ahuyentaba las fieras, sino que podía cazar herbívoros cada vez de mayor tamaño, como antílopes, elefantes, rinocerontes, hipopótamos, lo que le permitía incorporar más proteínas a su dieta. Todo esto iba acompañado del crecimiento de la corteza cerebral, ya que tanto la invención de nuevos utensilios y armas, como la planificación de las partidas de caza, exigen una mayor actividad mental de premeditación y previsión de contingencias, así como un intercambio de ideas.

2.2.2. *Cazadores-recolectores nómadas.* La recolección de plantas silvestres y la caza de animales salvajes (actividades iniciadas respectivamente por los australopitecos y por *H. habilis*) fueron el preludio de la vida de cazadores y recolectores nómadas que caracterizó a *H. erectus* y a sus descendientes (los neandertales, los cromañones y el hombre moderno), que, partiendo de Africa, se expandieron por toda Eurasia hace un millón de años, pasaron a Australia hace unos 50.000 años y, llegaron al continente americano hace unos 12.000 años. Estas largas migraciones tuvieron por consecuencia el aislamiento geográfico, que propició la aparición de las numerosas razas humanas y la consiguiente diversificación de las culturas y de las lenguas.

La caza y la recolección es, pues, el modo de vida que mayor duración ha tenido en la historia de la humanidad. Al principio, la agresividad interespecífica de *Homo habilis* no producía apenas alteraciones ecológicas; pero, a medida que la inclusión de más proteínas animales en la dieta impulsaba el crecimiento demográfico, la especie humana se fue haciendo cada vez más dependiente del consumo de carne y se intensificó

la caza, lo que tuvo unos efectos sumamente perniciosos a los que Paul Martin ha dado el nombre de guerras relámpago, aludiendo al rápido exterminio de gran parte de la fauna que se produjo en los muchos casos en que llegaron por vez primera cazadores a una tierra poblada por animales que desconocían a los humanos. Estos casos han sido demostrados por estudios paleontológicos y arqueológicos en muchas islas oceánicas y también en algunas zonas continentales, donde se puede establecer una estrecha relación entre la colonización humana y la extinción de muchas de las especies animales. Citaremos algunos ejemplos:

En Australia, que fue colonizada hace unos cincuenta mil años por los antepasados de los actuales aborígenes, desaparecieron la mayoría de las especies de grandes mamíferos, como los canguros gigantes o el león marsupial, además de muchos reptiles y aves de gran tamaño.

Cuando los maoríes llegaron por vez primera a Nueva Zelanda hallaron un ecosistema intacto en el que abundaban los moas (diversas especies de aves no voladoras de gran tamaño), así como los cisnes, pelícanos, gansos, y fúlicas gigantes. Unos siglos después habían desaparecido casi todas estas aves, y la mayor parte de las supervivientes fueron exterminadas a raíz de la llegada de los colonizadores europeos. Lo cierto es que en la Nueva Zelanda actual quedan menos de la mitad de las especies de aves conocidas por los maoríes.

Madagascar y la Polinesia son también ejemplos de islas asoladas a causa de la colonización por el hombre. Todas esas islas, donde la vida había evolucionado al margen de la presencia humana, estaban habitadas por especies de grandes mamíferos que actualmente se conocen sólo por sus restos fósiles. Asimismo, en Creta y

en Chipre abundan los fósiles de tortugas gigantes e hipopótamos pigmeos, así como los de elefantes y ciervos enanos, que, según se cree, no sobrevivieron a la actividad cazadora de los primeros pobladores de estas islas mediterráneas.

El Nuevo Continente no había sido hollado por el hombre hasta que, hace unos doce mil años, llegaron los primeros pobladores a través del estrecho de Bering. Estos precursores de los amerindios prosperaron y se multiplicaron gracias a la abundancia de grandes mamíferos dóciles y fáciles de cazar, como mamutes, mastodontes, perezosos de hasta tres toneladas y castores del tamaño de osos. Cuando terminaban con las presas de una zona, parte de los pobladores se desplazaban hacia otros lugares donde aún abundaba la caza, y de este modo fueron acabando con las poblaciones de mamíferos mientras se expandían por el continente americano. Esta expansión fue muy rápida, pues los cazadores tardaron sólo un milenio en llegar al extremo meridional de Sudamérica, después de haber exterminado la mayoría de las especies de grandes mamíferos del Nuevo Mundo; tan es así que los datos paleontológicos y arqueológicos indican que en esos diez siglos de expansión humana Norteamérica perdió el 73% de sus grandes mamíferos, y Sudamérica el 80%.

Con los ejemplos que se acaban de comentar queda claro que aquella opción de enfrentarse a las fieras convirtió al hombre en un cazador y recolector nómada, que en dos millones de años de evolución cultural ha ido aumentando progresivamente su agresividad, hasta el punto de que ha provocado la extinción de millones de especies; pero, es muy importante señalar que esta agresividad era exclusivamente interespecífica, nunca intraespecífica, pues en las comunidades nómadas de cazadores y

recolectores reinaba el *altruismo*, la *solidaridad* y la *concordia*. Había incluso una cierta organización social, puesto que las mujeres se encargaban de la recolección y del cuidado de los hijos, mientras que los hombres se dedicaban a la caza, generalmente formando partidas, y distribuían la carne entre los miembros de la comunidad.

2.2.3. *La vida sedentaria*. Es obvio que la vida de cazadores-recolectores nómadas no se puede prolongar indefinidamente. Esto es válido no sólo en el caso de hábitats que, como las pequeñas islas, son de extensión muy limitada, sino que también es aplicable a la colonización de grandes continentes, pues a medida que va aumentando la densidad de la población global, es cada vez más probable que unas comunidades nómadas en su avance lleguen a solapar con los territorios de caza de otras. Esto empezó a producirse hace unos 15.000 años en las zonas más densamente habitadas, como eran entonces las del Próximo Oriente, y en consecuencia algunas comunidades fueron abandonando su nomadismo ancestral e instalándose en asentamientos permanentes, de los que se ausentaban temporalmente en busca de alimento; se convirtieron, pues, en cazadores y recolectores sedentarios. Ello trae consigo las normas de convivencia, la división del trabajo y, sobre todo, un rápido crecimiento demográfico debido a que en las poblaciones sedentarias las mujeres pueden tener hijos con mayor frecuencia que en las nómadas, ya que éstas debían controlar la natalidad (posiblemente mediante el infanticidio) de modo que cada pareja no tuviese más de un hijo cada cuatro años, puesto que la madre había de transportarlo hasta que fuera capaz de seguir por su propio pie a los adultos. Por otra parte, las

normas de convivencia y la rudimentaria infraestructura de estos primeros poblados constituyen el germen de la complicada organización social que caracteriza a las diversas culturas y civilizaciones actuales.

2.2.4. *Hacia la revolución agrícola.* Hay que destacar, asimismo, el hecho de que estas primeras comunidades sedentarias conservaban el altruismo, la solidaridad y la concordia propios de los nómadas, y, al igual que éstos, no tenían más aspiraciones que asegurar su subsistencia, esto es, procurarse el alimento necesario mediante la caza y la recolección, y defenderse del frío y de las fieras. Pero, este modo de vida no duró mucho, pues hace alrededor de 12.000 años, a finales del Neolítico, tales comunidades (quizás acuciadas por la dificultad de encontrar, mediante la caza y la recolección, el alimento necesario para una población cada vez más densa) derivan su conducta hacia la domesticación de especies silvestres de plantas y animales. Por supuesto, este cambio conductual no fue planificado, sino que la domesticación de animales surgió probablemente de los hábitos adquiridos por algunos animales salvajes que aprendieron a beneficiarse de la proximidad de los humanos (por ejemplo, los lobos que seguían a los cazadores para hacerse con las presas heridas); de modos similar, la costumbre de recolectar plantas silvestres y tirar las semillas, “sembrándolas” accidentalmente, fue uno de los primeros pasos en el desarrollo de la agricultura. Sólo al cabo del tiempo el hombre se planteó conscientemente la necesidad de seleccionar las especies de animales y plantas más útiles, a los que comienza a criar y cultivar deliberadamente con el fin de obtener algún beneficio ya sea como alimento, como materia prima o como fuerza muscular. Se inician así la agricultura y la gana-

dería que pronto se intensifican y expanden, dando lugar a la llamada revolución agrícola del Neolítico. La agricultura constituyó, sin duda, un notable progreso, ya que puede proporcionar mayor cantidad de alimento con menor esfuerzo; además, dado que se tarda menos en cultivar los campos que en buscar frutos silvestres, la agricultura proporcionó a la humanidad un tiempo de ocio desconocido para los pueblos cazadores y recolectores, y como dice Diamond, *“el tiempo de ocio es un requisito esencial para la creación y el disfrute del arte. La construcción del Partenón y la composición de la Misa en si menor deben atribuirse en última instancia a la agricultura”*.

Pero, no todos los autores están de acuerdo con que la agricultura reportó sólo ventajas. Muchos antropólogos actuales opinan que la agricultura fue una trampa en la que cayeron la mayoría de los pueblos cazadores y recolectores ante el señuelo de que un terreno cultivado con plantas comestibles produce sustento para una población mucho mayor que el que proporcionan la caza y la recolección en una superficie igual de terreno; por ello, el número de habitantes por kilómetro cuadrado es mucho mayor en los pueblos agrícolas que en los cazadores y recolectores (6,5 frente a 0,62). Mas esto es sólo una ventaja aparente, pues, obviamente, el crecimiento de la población implica un aumento de las bocas que hay que alimentar, lo cual desencadena una espiral de impulsos mutuos entre la intensificación de la agricultura y el aumento del número de personas, que, además, ya no se conforman sólo con sobrevivir, sino que aspiran a vivir cada vez mejor, con lo que se produce un creciente deterioro ambiental, casi siempre irreparable.

2.2.4.1. *Consecuencias culturales de la revolución agrícola.* Las consecuencias más graves de la revolución agrícola no fueron sólo los efectos inmediatos que acabamos de citar, sino los profundos cambios que se han producido en la subsiguiente evolución cultural, especialmente en la escala de valores éticos. Entre estas consecuencias cabe destacar las desigualdades sociales y la agresividad intraespecífica, que se iniciaron hace menos de once mil años y que luego se han ido intensificando al ritmo del crecimiento demográfico y de los avances tecnológicos, hasta el extremo de que en estos últimos cincuenta años están poniendo en peligro supervivencia de la especie humana.

2.2.4.1.1. *Las desigualdades entre las personas y entre los países.* En las primeras comunidades agropecuarias hubo personas más afortunadas que otras debido a que, por puro azar, unas se habían instalado en terrenos que producirían más de lo necesario, mientras que a otras les tocó cultivar tierras cuya producción sería insuficiente; por tanto, la subsistencia de estas otras dependía de aquéllas, que les proporcionaban alimentos a cambio de trabajo. Surgió así la división de la sociedad en “ricos” y “pobres”, con la consiguiente sumisión y explotación del hombre por el hombre. Pero esta incipiente división en clases no quedó circunscrita a aquellas pequeñas comunidades primitivas, sino que con el paso del tiempo se ha ido extendiendo hasta el punto de que hoy afecta a toda la humanidad y es la causa principal de las profundas desigualdades que existen entre los distintos países en cuanto a su grado de desarrollo y de bienestar social. En efecto, los primeros poblados basados en la caza y la recolección ocupaban, como es lógico, las áreas más ventajosas para estas acti-

vidades; cuando llegó la revolución agrícola, los distintos poblados no corrieron igual suerte, pues, unos, los más afortunados, estaban asentados en cuencas de grandes ríos, donde las inundaciones depositaban año tras año nuevas capas de lodo fértil y, por tanto, podían utilizar ininterrumpidamente la misma tierra cultivable e, incluso, ampliarla mediante desecaciones y obras artificiales de riego; estos pueblos, se convertirían con el tiempo en países prósperos, con un alto desarrollo industrial y tecnológico. En cambio, otros, los desfavorecidos, ocupaban zonas alejadas de los ríos o menos húmedas, por lo que el suelo se agotaba tras algunos años de agricultura primitiva; estos pueblos quedaron condenados a roturar continuamente nuevas tierras, que han de cultivar empleando métodos cada vez más agresivos, y a sufrir frecuentes hambrunas debido a la insuficiente producción agrícola. Este azar geográfico volvería marcar el destino de los pueblos en cada una de las subsiguientes revoluciones industriales, de forma que la fortuna favorecería a aquellos cuyo subsuelo era rico en alguna de las fuentes de energía: carbón, petróleo, uranio, etc. El resultado final es evidente: como consecuencia de las revoluciones agrícolas e industriales, la humanidad actual aparece dividida de forma que el grado o nivel de industrialización se ha convertido en el indicador económico fundamental para trazar las fronteras entre la riqueza y la pobreza. Esta situación no es nueva, pues ya en el siglo XVIII el filósofo francés Sebastián Nicolás (más conocido como *Chamfort*), escribió: “*La sociedad está dividida en dos grandes clases: la de los que tienen más comida que apetito, y la de los que tienen más apetito que comida*”. Esta frase, no exenta de sarcasmo, ha sido apostillada por Joan Bestard como sigue: “*Estas palabras expresan también hoy una cruda rea-*

lidad y son el más fiel reflejo de lo que sucede sobre todo a escala mundial. En el Primer Mundo, desarrollado y rico, hay más comida que apetito, y en el Tercer Mundo, subdesarrollado y mísero, más apetito que comida.[...] El problema social actualmente reviste un cariz internacional. Las dos grandes clases sociales de hoy son el hemisferio norte y el hemisferio sur. En el Norte está el desarrollo, la riqueza y el bienestar, y en el sur, el subdesarrollo, la pobreza y todas las incomodidades imaginables”.

2.2.4.1.2. *La agresividad intraespecífica cruenta.* Pasamos ahora a trazar el origen de la agresividad intraespecífica y con ello entramos en la parte fundamental de la lección.

La agresión intraespecífica es un fenómeno generalizado en el mundo animal, consustancial con la selección natural en sus dos aspectos: luchas entre machos por la prioridad de apareamiento y luchas por el territorio y por el alimento. En ambos casos hay siempre un control de la acometividad de forma que la agresión nunca llega a ser cruenta, porque estas luchas acaban en el momento en que uno de los contendientes huye o hace gestos de sumisión que apaciguan al vencedor; por tanto, estas luchas constituyen un mecanismo evolutivo de selección de los individuos más vigorosos sin poner en peligro la supervivencia de la especie.

Pero, en el caso de la agresividad intraespecífica humana, a diferencia de lo que ocurre en el resto del reino animal, el vencedor no se apacigua ante el gesto de sumisión del vencido y lo abate sin compasión. Esta peculiar agresividad es un rasgo contraproducente, pues, lejos de ser ventajoso para la especie, puede conducir a su extinción, lo cual es evidentemente una incongruencia evolutiva. Ello plantea las dos cuestiones si-

guintes: *¿Cómo surgió la agresividad intraespecífica humana?* y *¿Cuál es el origen de la crueldad humana?*

Con respecto a la primera de estas cuestiones cabe señalar que, según la mayoría de los antropólogos, la humanidad vivió en paz hasta hace unos doce mil años, pero que a medida que se expandía la revolución agrícola, el hombre fue perdiendo su altruismo y solidaridad ancestrales al paso que va anidando en su ánimo el sentido de territorialidad así como el sentido de propiedad y, con éste, la preocupación por defender “sus” cosechas ante posibles incursiones de “extraños”, pues inhibirse supondría renunciar al fruto del trabajo de un año invertido en los campos. Es concebible, pues, que entre poblados o tribus colindantes surgieran fricciones y conflictos, que al principio consistirían sólo en una actitud hostil puramente defensiva, pero que luego (tal vez coincidiendo con períodos de escasez) fue dando paso a agresiones premeditadas, que muchas veces terminaban con el saqueo de los poblados y con la muerte de los vencidos. Lo cierto es que, a medida que progresa la civilización (facilitada por el enriquecimiento del lenguaje simbólico), aquel altruismo primitivo ha ido dando paso a la *insolidaridad*, la *codicia*, la *envidia*, el *afán de dominio* y la *xenofobia*, al mismo tiempo que la acometividad intertribal inicial se ha ido “perfeccionando” hasta convertirse en la agresión intraespecífica actual, que cuando es premeditada, planificada y considerada “justa e inevitable” recibe el nombre de *guerra*, y que entraña la invención de armas cada vez más eficaces y sofisticadas, con el fin de aniquilar sin piedad al “enemigo”, al que se le tiene un odio a muerte. Se establece, pues, la llamada carrera armamentística a modo de una espiral ascendente y sin fin, sobre todo en el caso de que dos estados o comuni-

dades tengan aspiraciones de dominio coincidentes. En tales circunstancias se da prioridad a la industria bélica, a la que, por tanto, se destinan las mayores partidas presupuestarias, en menoscabo de todas las demás actividades. El resultado es obvio: desde hace unas décadas pende sobre la humanidad una espada de Damocles en forma de mortíferos arsenales, que si algún día son utilizados, terminarán con la vida sobre el planeta. No exageró, pues, el etólogo austriaco Konrad Lorenz, cuando afirmó que *“Homo sapiens es la única especie que es capaz de ocasionar su propia extinción”*.

La segunda de las citadas cuestiones es sin duda el problema central de la agresividad humana tanto individual como grupal. Dado que este problema ha sido abordado por paleoantropólogos, sociólogos, sociobiólogos, psicólogos y etólogos, creemos conveniente tratarlo con algo más de detalle en el siguiente apartado.

3. ORIGEN DE LA CRUELDAD HUMANA

Como queda dicho, el rasgo distintivo de la agresividad intraespecífica humana es la crueldad del agresor, pues éste no se apiada ante los gestos de sumisión o las súplicas de la víctima indefensa, a la que suele someter incluso a crueles torturas antes de acabar con su vida. Ejemplos de esta crueldad, tanto individual como grupal, abundan en los libros de historia y son cada vez más frecuentes entre las noticias que nos llegan a diario desde los más diversos puntos del planeta, y lo más grave es que no sólo aumenta la frecuencia de estos casos de agresión sino también el grado de maldad y enañamiento que entrañan. Cabe preguntarse, pues, si esta crueldad humana es innata o adquirida.

Algunos autores, como Freud y Koestler, opinan que los hombres están dotados de un instinto de agresión,

consustancial con la naturaleza humana y que emerge en los asesinatos, las guerras y otras formas de eliminación sin piedad de vidas humanas. Freud, por ejemplo, actualizó el axioma de Plauto diciendo que *“el hombre es un lobo para el hombre”*.

Otros autores, en cambio, afirman que la agresividad humana no es instintiva, sino aprendida. Según el antropólogo David Pilbeam, *“el hombre llega a este mundo provisto de muy pocas respuestas instintivas: mamar, llorar, sonreír y andar quizás sean las únicas cosas que los seres humanos hacen instintivamente. Lo que una persona llega a ser, tanto en lo referente a sus creencias como a su comportamiento, depende de la cultura en que ese individuo está inmerso”*. En esta misma línea cabe citar también al prehistoriador Bernard Campbell, quien dice: *“... No encontramos indicios de matanzas y guerras hasta que surgen las ciudades con templos (hacia el año 5000 AC). Éste es un acontecimiento demasiado reciente para que haya tenido alguna influencia en la evolución de la naturaleza humana [...] El hombre no está programado para matar y hacer la guerra, ni siquiera para cazar: su habilidad para hacerlo la adquiere aprendiendo de sus mayores y sus iguales cuando su sociedad lo exige”*. Asimismo, el psiquiatra sevillano Luis Rojas Marcos dice *“La agresión maligna no es instintiva sino que se adquiere, se aprende. Las semillas de la violencia se siembran en los primeros años de la vida, se cultivan y desarrollan durante la infancia y comienzan a dar sus frutos malignos en la adolescencia. Estas simientes se nutren y crecen estimuladas por los ingredientes crueles del medio hasta llegar a formar una parte inseparable del carácter del adulto. Los seres humanos heredamos rasgos genéticos que influyen en nuestro carácter. Pero nuestros complejos comportamientos, desde el sadismo al altruismo, son*

el producto de un largo proceso evolutivo condicionado por las fuerzas sociales y la cultura”.

Pero, si la crueldad no es innata, sino consecuencia de la evolución cultural, *¿qué eventos culturales son los desencadenantes de los asesinatos, las torturas o las guerras?*

Muchos autores (sociólogos, antropólogos, historiadores y etólogos) han relacionado la violencia grupal y las guerras con la superpoblación y el consiguiente hacinamiento, o con épocas de escasez de alimentos o de otros recursos, pero el etólogo inglés W. H. Thorpe, en su libro *Naturaleza animal y naturaleza humana*, descarta ambas causas diciendo que *“la superpoblación y la falta de espacio no parecen haber estado relacionadas históricamente con la violencia de grupo. Ni tampoco con la escasez de alimento.”* En apoyo de esta idea cita la existencia de algunos pueblos primitivos (como los zulúes y los habitantes originarios de Uganda y otras partes del este de Africa central, o como los indios sudamericanos), que mostraban una gran proclividad a la violencia de grupo e incluso a la guerra a pesar de que no estaban escasos ni de espacio ni de alimento. Asimismo cita los casos de muchas tribus y culturas primitivas que, como los esquimales han sido y son sumamente hospitalarios y pacíficos incluso durante las épocas de hambruna. Por otra parte, destaca el hecho de que *“estas tribus pacíficas (ya sean bosquimanas o amerindias) han mostrado reacciones violentas cuando sus regiones han sido invadidas por tribus no relacionadas con ellas”.*

También descarta la superpoblación *per se* como causa de la violencia individual del hombre actual, basándose en que *“algunos de los lugares más poblados de la Tierra, por ejemplo Hong Kong, no presentan una tasa especialmente alta de violencia individual”.* Admite, no obstante, que la su-

perpoblación puede ser una causa indirecta de la violencia, cuando dice: *“es cierto que la alienación que resulta de la vida en grandes poblaciones, especialmente donde los vínculos familiares y los grupos pequeños se rompen y donde el individuo es anónimo entre una muchedumbre anónima, indudablemente crea violencia”*.

Las ideas más acertadas de Thorpe son sin duda las referentes a las guerras modernas. Dice que *“Las gentes que hacen la guerra no suelen ser violentas, ni tampoco proceden de grupos violentos (por ejemplo, Corea, Vietnam y el Medio Oriente), pero optan por someterse a la deprivación, terrores y horrores que la guerra entraña, triste y obligadamente porque han sido persuadidos de que si no lo hacen los males serán peores. De ahí que los persuasores, los Führers, los líderes y los demagogos influyan no sólo sobre la gente llana sino, a veces, también sobre los intelectuales, convenciénolos de que existe cierto tipo de gloria en la guerra. Puede ser que estos líderes sí sean personalmente agresivos”*.

Pero, Thorpe deja aún en el aire otra cuestión: ¿Por qué es tan implacable la violencia intraespecífica humana? En otras palabras, ¿por qué el agresor no se apacigua ni se apiada ante los gestos de sumisión y las súplicas de la víctima?

Se han propuesto varias interpretaciones. Stebbins, por ejemplo, establece una distinción entre la violencia individual y la guerra, atribuyendo la primera (propia de francotiradores, destripadores, estranguladores, etc.) a psicopatías o a lesiones cerebrales, pues en muchos casos se ha demostrado que estos agresores violentos y sádicos padecen tumores cerebrales. Opina, en cambio, que en el caso de la guerra, especialmente cuando se emplean armas de largo alcance (artillería, bombardeos, etc.), el agresor no responde a los gestos de sumisión porque no ve el rostro de la víctima. Pero, esta explica-

ción no es aplicable, por ejemplo, a los combates singulares ni a la tortura de prisioneros, ni tampoco al ametrallamiento de náufragos de un buque enemigo.

Habría que explicar asimismo el ensañamiento con que las cada vez más frecuentes pandillas callejeras torturan y asesinan a víctimas inocentes, muchas veces elegidas al azar. Según Rojas Marcos (comunicación personal), en la mayoría de los casos la única persona agresiva y violenta del grupo es el líder, que suele ser un psicópata dotado del suficiente carisma para persuadir al resto de la banda de la necesidad o la conveniencia de cometer las atrocidades que él es capaz de concebir y planificar pero incapaz de realizar por sí solo. La capacidad de persuasión del líder encuentra pábulo adecuado en la docilidad de los miembros de la banda, que muchas veces se integran en el grupo buscando lo que no encuentran en sus respectivas familias, a saber, cariño, comprensión y alguien a quien imitar.

Pero estas opiniones, ciertamente plausibles, no llegan a contestar la cuestión fundamental de por qué el agresor es tan cruel. En mi opinión la respuesta más acertada se debe al etólogo austriaco Konrad Lorenz, quien, basándose en sus numerosas observaciones sobre la agresividad intraespecífica de diversas aves y mamíferos, tanto en libertad como en cautividad, y tras comparar las pautas de comportamiento de depredadores y no depredadores, propuso unas generalizaciones realmente geniales por su lógica y por su sencillez. Su tesis es la siguiente: los mamíferos herbívoros (como, por ejemplo, las liebres) y las aves no rapaces, (como las palomas, las tórtolas o los gansos), al no poseer órganos especializados para la depredación, sostienen luchas incruentas que acaban con la huída del perdedor; pero, si éste no puede huir (por estar en cautividad), entonces el vence-

dor actúa sin ningún freno, hasta acabar con la vida del vencido, a picotazos o mordiscos. En cambio, los perros, los lobos y las aves rapaces, que están dotados de “armas” mortíferas para su actividad depredadora, presentan una agresividad intraespecífica que por lo general es totalmente incruenta, aun cuando los contendientes estén en cautividad (y, por tanto, el vencido no puede huir), pues en este caso el perdedor hace un gesto de sumisión que bloquea automáticamente la posible violencia del vencedor; por ejemplo, en una lucha entre perros o entre lobos la actitud de sumisión consiste en que el vencido presenta su garganta indefensa al vencedor; pero éste, que momentos antes le habría hincado sus colmillos, es ahora, ante este gesto de sumisión, incapaz de matar a su adversario. Esta conducta es perfectamente congruente, pues si estas inhibiciones no operasen, las luchas intraespecíficas acabarían siempre con la muerte de uno de los contendientes, con el consiguiente riesgo para la pervivencia de la especie. Este comportamiento es el resultado de un largo proceso evolutivo perfectamente compensado, de forma que a la par que las especies depredadoras van desarrollando órganos para su agresión interespecífica, su conducta se va haciendo dependiente de una serie de inhibiciones innatas e instintivas que evitan que un animal use indiscriminadamente sus armas contra individuos de su propia especie en las luchas que sostienen defendiendo un territorio o dirimiendo la posesión de las hembras. En estas luchas incruentas no es tan sorprendente la inhibición del vencedor (que es incapaz de morder la garganta del vencido), como la confianza del vencido en la eficacia de su gesto de sumisión.

Paradójicamente, *Homo sapiens* rara vez atiende a la solicitud de misericordia del vencido (comportándose

con tanta crueldad como los gansos, las tórtolas o las liebres), a pesar de que dispone de armas incomparablemente más mortíferas que las de las fieras, y que, además, es consciente de las consecuencias de una agresividad intraespecífica cruenta. Konrad Lorenz explica esta paradoja con el siguiente razonamiento: *“Sólo existe un único ser que posee armas que no han crecido en su cuerpo, y de cuyo funcionamiento los instintos no saben nada y que, por tanto, no están sujetas a la adecuada inhibición. Este ser es el hombre, cuyas armas son cada vez más monstruosas, hasta el punto de que en unas pocas décadas ha preparado un arsenal, capaz de destruir el planeta”*. E insiste: *“nos diferenciamos de los animales en que no hemos recibido nuestras armas de la naturaleza sino que las construimos nosotros mismos por nuestra libre voluntad. Si estas armas nos hubiesen salido en nuestro cuerpo como resultado de un lento proceso evolutivo, se habrían desarrollado simultáneamente las correspondientes inhibiciones instintivas. Pero ello tardaría un tiempo que los geólogos y los paleontólogos están acostumbrados a manejar, pero no los historiadores.”*

Parece claro, pues, que la crueldad humana es consecuencia de un desajuste cronológico entre las dos facetas de la evolución, de forma que la rápida evolución cultural ha puesto a disposición del hombre armas más mortíferas que las garras y los colmillos de un tigre o de un lobo, mientras que la lenta evolución orgánica no le ha conferido mecanismos de inhibición ante los gestos de sumisión y de súplica de los vencidos, y por tanto, el hombre sigue siendo tan cruel como una tórtola o un ganso en cautividad. Dado que los lobos no se matan entre sí, y los gansos sí, nos acercáramos más a la realidad si parafraseamos a Freud diciendo que *el hombre es un ganso para el hombre*.

EPÍLOGO

Esta lección, en la que hemos tratado del pasado y del presente de la agresividad intraespecífica del hombre, quedaría incompleta si no hiciésemos una reflexión final acerca de las posibilidades de dirigir la evolución cultural hacia la instauración en la especie humana de los mecanismos de inhibición de la crueldad que no le han sido dados por la Naturaleza, pero que son imprescindibles para evitar la autodestrucción.

En este contexto conviene distinguir entre las formas individual y grupal de la violencia. Como queda dicho, la violencia individual es propia de psicópatas o de personas que padecen lesiones o tumores cerebrales. Estos enfermos actúan siempre en solitario, debido tal vez a que carecen del suficiente carisma para “contagiar” su crueldad a personas normales de su entorno. Lo cierto es que no suponen un peligro para la humani-

dad, sobre todo hoy día en que se están poniendo en marcha programas de higiene mental a cargo de psicólogos y psiquiatras, encaminados al diagnóstico precoz y tratamiento de las enfermedades mentales. De la extensión y eficacia de estos programas dependerá el que en el futuro disminuyan estos casos de violencia individual.

En lo que respecta a la violencia grupal cabe distinguir asimismo entre las actividades locales de pequeños grupos de personas y las guerras organizadas. De acuerdo con las opiniones de Thorpe y de Rojas Marcos, podemos decir que en ambos casos se cometen increíbles atrocidades por personas normalmente no violentas que han sido persuadidas por sus respectivos líderes, los cuales sí suelen ser psicópatas violentos y crueles.

En el caso de los pequeños grupos, como las pandillas callejeras, los participantes en los juegos de rol e incluso los llamados grupos paramilitares, la repercusión a nivel mundial no es grande, pero constituyen un problema social que hay que atajar a tiempo. Para ello no basta con el diagnóstico precoz y tratamiento de las psicopatías, sino que además es necesario desarrollar programas eficaces encaminados a reducir la marginación social y, por ende, el número de adolescentes impulsados a unirse a tales grupos. En este sentido, Rojas Marcos se muestra optimista a tenor de los halagüeños resultados que ha obtenido en Nueva York, como responsable máximo de los Servicios de Salud Mental.

Muy diferente es el caso de las guerras organizadas, que incluyen desde los conflictos étnicos hasta las grandes guerras mundiales, pasando por las nefastas guerras civiles. Estos casos sí suponen un constante peligro para la supervivencia de la humanidad, y es a ellos a los que se refiere Konrad Lorenz cuando afirma que la especie

humana es la única que es capaz de provocar su propia extinción.

Como queda dicho en páginas anteriores, la guerra es siempre considerada por ambos contendientes como “justa e inevitable”, pues cada uno de ellos afirma invariablemente que “hemos sido injustamente agredidos por el enemigo y tenemos el deber de repeler la agresión”. A veces se trata de justificar las guerras por diferencias ideológicas o por ancestrales odios raciales, pero nunca se invocan de forma explícita otros motivos más verosímiles como los de índole económica, así como la codicia, la soberbia, la egolatría, la tiranía y el afán de dominio. Lo cierto es que cuando estalla un conflicto bélico se desencadena una espiral de agresiones recíproca que entraña acciones cada vez más crueles, hasta que claudica uno de los bandos.

No cabe duda de que actualmente asistimos a una escalada de violencia que se hace sentir en múltiples puntos de todos los continentes, pero ello no parece preocupar suficientemente a las instituciones y organizaciones internacionales que debieran promover la concordia y la solidaridad entre todas las naciones del mundo. No obstante, estas instituciones no son totalmente pasivas, pues a veces tienen iniciativas encaminadas a este fin, como, por ejemplo, la creación del Premio Nobel de la Paz, que es evidentemente una motivación positiva, o la definición de la figura delictiva de “criminal de guerra”, que pretende ser una medida disuasoria encaminada a evitar situaciones y actos de suma crueldad como los campos de exterminio, el bombardeo indiscriminado de las poblaciones, la tortura de prisioneros y demás atrocidades. A este respecto cabe señalar que ya han actuado tribunales para juzgar a acusados de crímenes de guerra, pero la eficacia de tales tri-

bunales es muy relativa, pues da la casualidad de que las acusaciones recaen siempre sobre los vencidos y nunca sobre los vencedores.

Hasta ahora las medidas encaminadas a evitar las guerras y la crueldad humana son más bien acuerdos coyunturales que no han dado los resultados esperados. En mi opinión, son necesarias medidas más radicales, rayanas en una auténtica revolución cultural. Veamos por qué:

Como hemos dicho en páginas anteriores, la consecuencia más grave y profunda de la evolución cultural ha sido la progresiva alteración de la escala de valores éticos del hombre, hasta el punto de que el altruismo, la solidaridad y la concordia que presidían la conducta humana en las comunidades primitivas, han dado paso a una serie de “contravalores”, la mayoría de ellos derivados del egoísmo y la egolatría, como son la soberbia, la tiranía, la codicia y el afán de poder; otros contravalores dominantes en la actualidad son la insolidaridad y sus derivados, como la xenofobia, y el racismo. Por consiguiente, la conducta del hombre de hoy está guiada por una escala de valores que le impide enfocar con nitidez los problemas y establecer con imparcialidad un orden de prioridades, lo cual le puede llevar a decisiones contraproducentes como es el caso de las guerras y la consiguiente carrera armamentística.

Por tanto, no se podrá evitar la crueldad de la guerra si previamente no se logra que se asuma a nivel mundial y sin reservas una nueva escala de valores radicalmente distinta de la que domina hoy. Será, pues, necesaria una profunda revolución cultural en la humanidad entera, que restablezca el altruismo, la solidaridad, la concordia y demás valores derivados de éstos, como la justicia, la verdad, la libertad, y la fraternidad, que, al excluir la co-

dicia, la injusticia, la tiranía y la crueldad, elevan la dignidad humana.

Cabe señalar, por último que Rojas Marcos también confía en un futuro mejor, pues en el último párrafo de su libro, *Las semillas de la violencia*, señala que *“En el futuro que se desdobra ante nosotros se vislumbran más y más hombres y mujeres que persiguen la convivencia y la felicidad, mientras construyen sus vidas juntos como seres libres, iguales, seguros de sí mismos, racionales, generosos y convencidos del poder de la bondad”*. Pero, este futuro que se vislumbra está todavía lejano, pues, teniendo en cuenta que la citada revolución cultural exigiría una intensa labor de reeducación a nivel planetario, habría que esperar al menos dos o tres generaciones.

Mientras tanto, sólo nos queda formular un deseo:
Dios nos libre de psicópatas carismáticos.

¡Muchas gracias!

REFERENCIAS

- BAER, A.S, HAZEN, W.E., JAMESON, D.L. y SLOAN, W.C.; *Conceptos básicos de biología*. Editorial Alhambra, Madrid. (1976).
- BEALS, R.L. y HOIJER, H.; *Introducción a la antropología*. Editorial Aguilar, Madrid. (1974).
- BESTARD, J.; *Creo en el hombre*. Espasa Calpe, Madrid, (1996).
- DELBRÜCK, M.; *Mente y materia. Ensayo de epistemología evolutiva*. Alianza Editorial, Madrid. (1989).
- DIAMOND, J.; *El tercer chimpancé*. Espasa Calpe, Madrid. (1994).
- DOBZHANSKY, T.; *Evolución humana*. Ediciones de la Universidad de Chile. (1969). McGraw-Hill, Madrid. (1991). Madrid. (1984).
- LORENZ, K. Z.; *King Solomon's Ring*. Harper & Row, Publishers, Londres. (1976).

- PÉREZ SILVA, J.; Enigmas de la evolución humana. Revista de la Academia Canaria de Ciencias, 5, VI, 15-189 (1994).
- PÉREZ SILVA, J.; Opciones cruciales en la evolución humana. IV Jornadas del Medio Ambiente. Universidad de Cádiz (1996).
- PILBEAM, D.; Origen de hominoideos y hominidos. Investigación y Ciencia, 92: 48-58 (1984).
- ROJAS MARCOS, L.; *Las semillas de la violencia*. Espasa Calpe, Madrid. (1995).
- STEBBINS, G. L.; *Darwin to DNA. Molecules to Humanity*. W.H. Freeman, San Francisco. (1982).
- TEMPLADO, J.; *Historia de las teorías evolucionistas*. Editorial Alhambra, Madrid. (1974).
- THORPE, W. H.; *Naturaleza animal y naturaleza humana*. Alianza Editorial, Madrid. (1980).
- WILSON, E.; *Sociobiología. La nueva síntesis*. Editorial Omega, S.A., Barcelona. (1980).

